



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 8 DE ENERO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

## Pequeño homenaje a Juana Manuela Gorriti

EL COLAPSO DEL CELIBATO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Conspiraba yo por aquella época, junto con otros compañeros congresistas, resultado de múltiples investigaciones y luego de varios días de haber pasado largas horas dormido con la cabeza colgando por un lado de la cama, aunque a veces despierto escuchando el silencio; conspirábamos, pues, para enviar una iniciativa de ley al congreso con la que se castigaría con pena de muerte a aquellos que sostuvieran amorios con monjas, fueran estos sacerdotes o laicos. Lo que nos detenía era la opinión que podría despertar en el mandamás, atrapado en el pasado y en su propio origen en el pecado. ¿Qué dirían los historiadores, qué opinión mereceríamos, sino la de traidores que olvidamos la vida de nuestro Padre de la Patria, el cura don Miguel Hidalgo y Costilla? Eso nos detenía. ¿Y qué decir del autor de los Sentimientos de la Nación, el padre don José María Morelos y Pavón? Nos hacía pensar las cosas más de dos veces. Pero el incremento poblacional, la brusca pandemia de embarazos en las congregaciones religiosas y el declive de la población que acudía a las iglesias por falta de fe en los religiosos, nos hacía mantener el dedo en el renglón. Hasta que un día, uno de nuestros compañeros congresistas fue arrestado arbitrariamente por orden del mandamás. Logró dar aviso con un criado que escapó a caballo. Esa misma noche, quienes trabajábamos en la propuesta de ley, huimos a donde Dios nos dio a entender.

Yo viajé toda la noche en mi propio carruaje hasta la ciudad de Querétaro, cuna de la independencia mexicana, donde un viejo amigo me albergó en la casa que, hasta hacía unos años, había sido ocupada por sus criados. Una pequeña construcción al final de su jardín, en la parte trasera de su hogar y cuya puerta se escondía detrás de una planta enredadera. Dormí todo el día hasta que desperté a las cinco de la tarde. Aquello tendría sus propias consecuencias por la noche, las cuales deseo confesar aquí. Cerca de las nueve recibí la visita de mi viejo amigo, quien hizo traer la cena para mí. Hablamos de la situación política que reinaba en el país y sobre cómo él, junto con algunos de sus amigos, intentaban remediarla a través de sesiones espiritistas en las que invocaban la ayuda del más allá. No tardé en decirle que yo deseaba participar en ellas. Mi amigo, gustoso, me invitó a la que se realizaría dos días después. Luego de eso, me dejó en la cabaña para que pudiera seguir descansando. Pero no pude conciliar el sueño inmediatamente y hube de dedicarme a mis lecturas.

Entrada la madrugada, aún con la lámpara de gas encendida en mi buró, escuché voces misteriosas a un volumen bajo, provenientes de algún lugar aún desconocido para mí en ese momento. Pegué la oreja a las paredes y fui tentado con las manos cada rincón. Descubrí que se trataba de voces de mujer, provenientes de la pared contigua a una casona vecina. Con paciencia descubrí que parecían rezar.

A la mañana siguiente, uno de los criados trajo el desayuno y le comenté de mi singular experiencia. Su expresión fue de espanto. Dijo que la dichosa pared colindaba con un convento que había sido abandonado hacía más de cincuenta años. Mi sorpresa no fue menor cuando expresó que había sido sitio de batallas intestinas en tiempos de la Guerra de Independencia y que todas las monjas que lo habitaban habían combatido con armas de fuego contra el ejército realista; pero que finalmente habían sido víctimas de abuso y brutalmente abatidas por el enemigo.

Esa misma noche, volví a escuchar los rezos e hice un pequeño orificio en la pared, con mi navaja. Pude ver, a través de él, un cuarto iluminado por velas, en el que seis mujeres altas y esbeltas se encontraban arrodilladas rezando con sus rosarios. De pronto, una se levantó, se desprendió de sus ropas y ya desnuda, de una mesa obtuvo una navaja que colocó en su garganta. El resto seguía rezando.

A los pocos minutos, las voces callaron y la mujer de pie se degolló con un movimiento brusco. El cuarto se volvió oscuridad absoluta. Dejé de ver lo que sucedía adentro. Espantado, me alejé de mi posición y quise tatar la pequeña ventana que había abierto, pero no supe cómo. Mal pude dormir, si acaso lo hice un poco.

“Nunca supimos por qué, pero nuestro amigo huyó sin despedirse. Dicen que llegó a la sierra y allí vivió el resto de sus días, que no fueron muchos, anunciando el fin del celibato para los religiosos católicos”.

“Pues, sí, querido Armando, no pudimos detenerlo a causa de su locura. Dios sepa qué clase de vivencias experimentó al sentirse perseguido, y con el temor de ser encarcelado por el mandamás”.

“EL QUE ESCUCHA SU MAL OYE”

OLGA DE LEÓN G.

La hormiguita volvió a sus buenos hábitos de lectora asidua, los que había abandonado muy a su pesar, impelida por las circunstancias y necesidades familiares que la requerían a toda hora y en todo momento. Así, tomada la decisión de sacrificar horas de sueño y apresurarse en el cumplimiento de sus deberes, para darse el lujo de un poco más disposición de tiempo personal, la hormiguita se propuso leer autores no muy conocidos, comenzando por algunas mujeres del S. XIX.

Se topó con Juana Manuela Gorriti en la Colección de cuentos seleccionados

por Oviedo, de quien este día

pisos, busco a los directivos o autoridades... Y, acabo diciéndoles: pues no sé cómo le harán ustedes, pero yo no me voy de aquí sin las medicinas para mi enfermito. Y así es: No me regreso a mi casa sin ellas... aunque sea después de varias vueltas.

Por eso me desgato tanto, otra vez camino de una a otra clínica sosteniéndome con una mano de mi caderita, que el dolor es muy fuerte y siento que no llegará completa... Pero me encomiendo al de mero arriba y, ¿qué crees?, llevo y regreso, casi sin dolor y con todas mis patitas en su lugar. Y, la medicina de la otra clínica, sí me la dieron... No fue vuelta en balde, a pesar de que en la primera, “no la hayan tenido”.

Pero, olvidemos mis penas y déjame te cuento mis últimas alegrías. Estoy leyendo unos cuentos fantásticos, si bien en algunas partes, no muy claros, o no entiendo del todo el estilo ampuloso y entremezclado que enreda a los personajes con el narrador y hasta con el posible lector. Pero, me gustan los difíciles e incomprensibles. ¿A ti también, elefantito? El fiel amigo asintió con su trompa y orejas.

La hormiguita seguía caminando, iba como en zigzag, mareada y cansada, efecto de sus medicamentos tomados en la noche y la falta de sueño y descanso necesario. El elefantito no estaba allí. Ella había alucinado que se encontraron. Traía la presión muy alta. Y parecía que no podría dar un paso más, sin caerse. Se percató de su estado y asíndose del barandal, ya para entrar a la que suponía era una clínica, miró sin mirar al guardia y preguntó: ¿Por aquí se llega al traspatio, o es la entrada al sótano? El hombre a quien llamó guardia, se quedó mudo y perplejo, no entendía de qué le hablaba esa señora hormiguita. Dándose cuenta de ello, ella le dijo: “Quien escucha su mal oye. Seguramente, usted nunca se ha apercebido de esto”. Más perplejo se puso el guardia, quien, tras lo escuchado, se despertó de su letargo y buscó a la hormiguita, que se había escabullido ante un descuido, entrando a la sala de espera para sentarse entre la multitud. De allí pasó a otra sala y a otra. Por último estaba donde debió llegar desde el principio: la Gran Sala de los rezagados para No dormirlos, solo examinar sus signos...

El día llegaba a su fin, y la hormiguita estaba contenta, consiguió una de las medicinas más caras: no se rompió su caderita, tampoco perdió alguna patita en la distancia recorrida y los dolores, aunque solo por un momento, habían desaparecido. Y así - como dijera Juana Manuela Gorriti-, “el que escucha su mal oye”: La hormiguita entendió tal frase: ¡oyó!

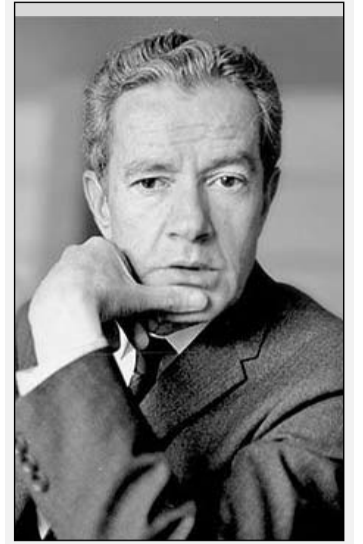


opinión, y que a la hormiguita le gustó, por lo contradictoria y hasta un tanto absurda, pero sobre todo por lo poco aceptada en su tiempo.

“¿Qué importante es saber escuchar”, amigo mío, le dice al elefantito que siempre la acompañaba en sus aventuras, como si la hormiguita hubiese concluido tal, después de leer a la Gorriti.

“Sí, amiguita, así es. ¿Qué te habías hecho?, tenía mucho tiempo de no verte por estos rumbos de “la civilización culta y elevada”, según los más doctos en estas materias.

La hormiguita agachó su testa colorada y se metió en sus más hondos pensamientos, por unos segundos; para luego levantarla con una lagrimita rodando por su mejilla, y sin dejar de sonreír dijo: elefantito, mi querido amigo, sabrás que tengo enfermo a mi hermanito mayor, el que vive conmigo, hace muchos años. Pues bien, sufro las de Caín para ir en busca de sus medicamentos. Corro y corro, un día sí y otro también para conseguirlos, pues no siempre me los dan en la primera vuelta: a veces, es difícil conseguirlos... Hay que ir más de tres o cuatro veces. ¡Ah!, pero eso sí, insisto, a veces casi les ruego a los de la farmacia, otras, cuando ya estoy desesperada, me enojo y les reclamo que por qué me las niegan, que si piensan que voy a venderlas, o si son ellos los que “las venden”. Eso les digo, cuando ya me hicieron ir más de tres veces, ¡en balde! Pero, ¡no me rindo! Así que luego de suplicar y enojarme: toco puertas, subo



Juan Rulfo

(Apulco, Jalisco, 1917 - Ciudad de México, 1986) Escritor mexicano. Un solo libro de cuentos, *El llano en llamas* (1953), y una única novela, *Pedro Páramo* (1955), bastaron para que Juan Rulfo fuese reconocido como uno de los grandes maestros de la narrativa hispanoamericana del siglo XX. Su obra, tan breve como intensa, ocupa por su calidad un puesto señero dentro del llamado Boom de la literatura hispanoamericana de los años 60, fenómeno editorial que dio a conocer al mundo la talla de los nuevos (y no tan nuevos, como en el caso de Rulfo) narradores del continente.

Nacido en Apulco, en el distrito jalisciense de Sayula, Juan Rulfo creció entre su localidad natal y el cercano pueblo de San Gabriel, villas rurales dominadas por la superstición y el culto a los muertos, y sufrió allí las duras consecuencias de las luchas cristeras en su familia más cercana (su padre fue asesinado). Esos primeros años de su vida habrían de conformar en parte el universo desolado que Juan Rulfo recreó en su breve pero brillante obra.

En 1934 se trasladó a Ciudad de México, donde trabajó como agente de inmigración en la Secretaría de la Gobernación. A partir de 1938 empezó a viajar por algunas regiones del país en comisiones de servicio y publicó sus cuentos más relevantes en revistas literarias. En los quince cuentos que integran *El llano en llamas* (1953), Rulfo ofreció una primera sublimación literaria, a través de una prosa sucinta y expresiva, de la realidad de los campesinos de su tierra, en relatos que trascendían la pura anécdota social.

En su obra más conocida, *Pedro Páramo* (1955), Juan Rulfo dio una forma más perfeccionada a dicho mecanismo de interiorización de la realidad de su país, en un universo donde cohabitaban lo misterioso y lo real; el resultado es un texto profundamente inquietante que ha sido juzgado como una de las mejores novelas de la literatura contemporánea.

Desde el punto de vista técnico, Pedro Páramo se sirve magistralmente de las innovaciones introducidas en la literatura europea y norteamericana de entreguerras (Proust, Joyce, Faulkner), línea que en los años 60 seguirían Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar, Ernesto Sábato, Carlos Fuentes y otros autores del Boom. De este modo, aunque la novela se plantea inicialmente como un relato en primera persona en boca de su protagonista, pronto se asiste a la fragmentación del universo narrativo por la alternancia de los puntos de vista (con uso frecuente del monólogo interior) y los saltos cronológicos. Rulfo escribió también guiones cinematográficos como *Paloma herida* (1963) y otra excelente novela corta, *El gallo de oro* (1963). En 1970 recibió el Premio Nacional de Literatura de México, y en 1983, el Príncipe de Asturias de la Letras.

*ad pédem literae*

Huye de los elogios pero trata de merecerlos

Fénelon

Letras de buen humor

Todos somos muy ignorantes. Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas

Albert Einstein

Joana Bonet

## El vals de la nostalgia

Desde hace semanas nuestra televisión pública nos invita a recordar lo felices que fuimos un día, cuando casi todo estaba aún por hacer y empezábamos a bailar en el salón de casa el Sugar baby love de The Rubettes. En la Nochevieja del 2015 muchos espectadores descubrieron el programa Cachitos de hierro y cromo, un entretenido menú aderezado con fina ironía y guiños generacionales. La suya es una fórmula tan simple como eficaz: a partir de hilos temáticos, ofrece una selección de actuaciones musicales televisadas que, más allá de su valor artístico, nos conectan con paisajes perdidos.

No me extraña que las imágenes del prodigioso archivo musical de TVE se emitan en prime time, después de la segunda edición del telediario. ¿Quién no se va más contento a la cama después de recuperar tan jóvenes a Tina Charles, The Cure o Manzanita y tararear algunos de sus megahits? ¿Cómo no vamos a esbozar una sonrisa, la cabeza ya sobre la almohada, recordando cómo olía aquel primer cigarrillo mientras cantábamos a pulmón y en falsete a Los Pecos: “Yo me dormía y al rato moría por estar ausente de ti”? Todavía no nos dejaban entrar en la discoteca pero éramos capaces de recrearla en un garaje con tocadiscos.

Reconocerse a través del tiempo y el espacio, conectar con escenas de un pasado que la memoria ha acabado idealizando, y sentirse bien: ese es el poder de la nostalgia que, tras la pandemia, se ha convertido en la principal tendencia del marketing. Y, así, el mercado está entregado al recuerdo, poniendo en juego poderosas artimañas que parecen devolvernos por un instante al pasado.

A partir de los ochenta, hemos ido revisando, abajo y arriba, todas las décadas del siglo pasado. En la moda y la decoración, pero también con el boom de la novela histórica y los biopics. El gusto por mirar atrás y recuperar ideas antiguas para revisarlas desde lo contemporáneo ha sido la principal narrativa de la creatividad del siglo XXI, amplificada ahora por el llamado marketing de la nostalgia.

El informe anual de Klarna -la fintech sueca de financiación de consumo- identifica ese sentimiento como la motivación dominante en las adquisiciones del 2022, tanto en artículos inspirados en el siglo XVIII como en ropa que imita la de principios de los 2000. El revival de Barbie -que pronto tendrá película- consigue colocar el rosa en el centro, sin complejos, mientras que el estilo Los Bridgerton decora los juegos de té que



adoran los millennials. La tecnología vintage también arrasa: en febrero las ventas de auriculares con cable aumentaron un 371%, y un 80% los móviles plegables, casi un acto de rebeldía ante la permanente actualización de los smartphones. No podemos retornar al pasado, pero sí evocarlos -a menudo mejorándolo- y lograr que la memoria involuntaria nos devuelva sensaciones que habían quedado sepultadas.

En el libro *Alma*, nostalgia, armonía y otros relatos sobre las palabras (Anagrama), de Soledad Puértolas y

Elena Cianca, se data en 1869 la aparición en nuestro diccionario del término nostalgia, cuya definición coincidía entonces con el llamado mal de tierra (mal du pays en el Robert). La pérdida de la patria, el exilio o la emigración desencadenaba ese sentimiento de nublada añoranza, que en el siglo XIX era considerado una enfermedad. El estudio de la condición humana obligó a dejar de tratarla como una patología. Y aquel mal del alma se ha transformado hoy en una lluvia emocional, una invitación del aplicado mercado a consumir recordando.